

Corriente

I

El viernes 13 de marzo del presente año, como en cualquier *Verenis dies*, me encontraba en el preludio de una desazón. Ese día, sin que el azar alterara aún mi monotonía, el sol golpeaba tenazmente mi cara, avisándome que era la hora de recobrar mis ánimos. Yo, aturdida por semejante afecto de su parte, traté de discernir, mediante el ardor que había dejado en mi mejilla, que debía ser las 10:00 a.m., hora en la que acostumbraba a estar en la ducha. Y, así, después de haber hecho caso a mi predicción, y luego de haber pasado por todas las banalidades que el cuerpo reclama antes de que salga al mundo, decidí arrojarme a éste con una sola idea en mente; una que debía hacer posible en la cancha. De manera que me dispuse a esperar, como era habitual, el transporte público. 11:00 a.m., 11:10 a.m., 11:15 a.m... Nada. Ninguna señal del autobús. Y como si el cansancio de aquella demora no fuese suficiente, fueron las gotas saladas que se deslizaron por mi frente las que hicieron eco de mi desespero. Una vez llegó aquel aparato, subí las escaleras de éste con un sigilo casi profesional, resultado mis largos años de experiencia viajando en ellos adonde sea que me cogiera la noche. Al subir el último escalón vi todo un espectáculo: personas atiborradas de bolsas que, a duras penas, le dejaban ver su destino; bebés llorando mientras sus madres desesperadas trataban de descifrar lo que les acaecía; caras de esas que una las clasifica como “raras”; uno que otro vendedor que intenta vivir “el día a día”; la señora que creía tener un solo receptor, cuando en realidad todos escuchábamos lo que decía; los que alegan sobre cómo maneja el conductor; el que te lanza una mirada incómoda y que muchas veces es el mismo que se quiere acercar de más; algún estudiante leyendo impacientemente mientras piensa cuántas décimas le hacen falta para salvar el semestre; la que después de subirse pregunta qué ruta es esa, y a la que el conductor solo le responde: “colabóreme, reina, que atrás hay más espacio”. Yo, sin encajar esta vez en ninguna descripción, solo me dedicaba a existir, pues haber batallado para encontrar un lugar que me permitiera mantenerme de pie, siempre resulta ser una tarea extenuante. Y, como si tuviera una única función en la vida, me ofrecí, con nula avidez, a soportar en los siguientes veinticinco minutos la quemazón de la varilla con la que trataba de sostenerme, mientras la oleada de calor, propia de La Sucursal, me hacía abandonar, en cada suspiro, todo signo de viveza.

II

Cuando por fin pude salir de aquel tumulto con un esfuerzo casi sobrenatural, me dirigí a paso rápido hacia mi Universidad. Estaba tan concentrada calculando cuántos minutos debía tardar en atravesar el campus de ésta para llegar a una de las canchas que ignoré por completo el almuerzo que había preparado el día anterior: espagueti, atún y una salsa de soya que le daba un perfecto equilibrio. Me maldije. Vi el reloj, marcaba las 12:000 m. menos 15 minutos. “Si no agilizo el paso, seguramente llegaré tarde”, pensé. A medida que avanzaba, podía ver todo a mi alrededor con unos colores intensos, resultado del intenso sol de mediodía. No me preocupé por buscar sombra, pues adonde quiera que fuese, el sol en algún momento me iba a encontrar. De repente vino a mí una oleada de calor, un aire bochornoso que corroía todo mi ser. De manera que le respondí limpiándome con mi mano derecha la sudoración de mi frente que éste provocaba. A lo lejos pude divisar una figura en medio del pastizal, la cual me advertía que estaba muy cerca de mi destino. Fui desacelerando el paso y vi que aquella figura, que me sonreía, alzaba las manos, dándome a entender que me apresurara. En cada paso que daba, sentía el ardor de la humanidad en mis pies. Sabía que era la hora de hacer posible lo que me propuse días atrás: teníamos que ganar ese partido, o me encargaría de reprochármelo varias semanas. Una vez llegué, él me abrazó y dijo: “corre, se nos hará tarde”. Sonrió con gran entusiasmo, haciéndome olvidar por unos instantes el aire sofocante del lugar. Corrimos sin parar hasta la próxima cancha mientras forzábamos la vista, intentando evadir los rayos del sol. Al llegar, nos dimos cuenta de que ya habían empezado sin nosotros. Él y yo nos lanzamos una mirada de complicidad y, mientras reíamos nerviosamente, nos empezamos a cambiar para el partido.

Suena el silbato que anuncia cambio de tiempo. En esos dos minutos de receso inventamos un sinfín de ejercicios para entrar en calor: saltábamos de un lado a otro, tratábamos en el mismo sitio, corríamos algunos metros, nos tirábamos al suelo, nos pasábamos el balón... Todo esto mientras la calorina del día nos obligaba a padecer el cansancio corporal. Interrumpe nuevamente el silbato. “Ustedes dos, a la cancha”, dijo el *coach* señalándonos. Sin pensarlo salimos disparados a posicionarnos en el mismo equipo. El sol comenzaba a quemar mi piel considerablemente y las gotas de sudor caían incesantemente sobre mi cuello, pero en el momento no me preocupé por secarlas. Necesitaba estar concentrada. Alguien del equipo contrario pateó el balón. Mi equipo y yo salimos precipitadamente en línea, a la par, para lograr que se diera la disputa de la pelota. Una de mis compañeras se abalanzó sobre uno de los adversarios hasta hacerlo caer. Inmediatamente hicimos una diagonal detrás de ellos y otra vez se le dio continuidad al juego. Nos pasamos el balón entre todos, sin dejarnos alcanzar por nuestros rivales. Juliana deja caer el balón. Nos quejamos sin descontrolarnos, ya que esa jugada podría costarnos el partido. “Toca intentar recuperar nuevamente la pelota”, pensé. Justo al frente mío venía alguien corriendo a gran velocidad, intentando hacernos una

anotación. Yo corrí, corrí como nunca lo había hecho, siguiéndolo, sin aflojar el ritmo un solo instante, y ya cuando advertí que se notaba lo suficientemente agitado, me tumbé sobre él haciéndolo caer. Era nuestra única oportunidad y teníamos que aprovecharla a toda costa. “El rolo”, como le decíamos, me miró y asentí con la cabeza disimuladamente, dándole a entender que lo había captado. Patea el balón. Todos se quedaron estupefactos, pero fui la única que corrí tras él. El rival más rápido tampoco se quedó quieto, y en cuanto vi que me iba a tacklear, volteé a mi derecha y vi a la misma figura con quien llegué, grité su nombre y luego le dije: ¡¡¡CORRÉ, ANOTÁ!!! Él entendió y se fue corriendo, dando unas grandes zancadas hasta llegar a la línea de *in-goal*. Y en medio de un barullo ensordecedor que celebraba la victoria, se alcanzó a escuchar a lo lejos el pitido de gracia.